

ANTIGUO TESTAMENTO -EL DESENMASCARAMIENTO DE LA VIOLENCIA Comentarios exegéticos a un tema de actualidad

El artículo que sigue es un extracto de la Conferencia pronunciada en la Academia Católica de Baviera, con motivo de un congreso sobre desarraigo del mundo y violencia. El texto completo de la ponencia, que es una reflexión bíblico-teológica sobre el tema, dentro del marco de la discusión actual sobre el terrorismo, se ha publicado en forma de libro junto con las otras ponencias del Congreso.

Altes Testament – Die Entlarvung der Gewalt (Exegetische Anmerkungen zu einem aktuellen Thema). Herder Korrespondenz, 32 (1978) 187-1933

Todos somos partidarios de la no violencia, de la convivencia pacífica y feliz, pero nuestra sociedad sólo consigue esta paz mediante la violencia; la mayor parte de los movimientos de liberación del tercer mundo se han vuelto violentos y la paz aparente de otros países se debe sólo a la amenaza creciente de su armamento, capaz de aniquilar a toda la humanidad. Si un país consigue mantener su orden interno es también gracias a la violencia, ya que la ley y la fuerza pública, que en algunos países permiten incluso la tortura, no son más que una forma de violencia. Ni siquiera las estructuras sociales más reducidas consiguen asegurar una vida en común pacífica sin recurrir a la violencia. Podemos preguntarnos si su abolición sería posible en el polo opuesto a nuestra supercivilización, es decir, en las formas arcaicas de sociedades que no conocían un sistema de justicia y estaban dominadas por la religión. La respuesta nos la proporciona Andrés Girard en su obra *La violencia y lo sagrado*.

El mecanismo de la víctima expiatoria

En los *sistemas sociales arcaicos* se realizaban sacrificios sangrientos, en un principio humanos y más tarde de animales, como mecanismo para canalizar la inclinación a la violencia que existía también en estas sociedades primitivas. Girard habla del mecanismo de la *víctima expiatoria*, viendo en el sacrificio únicamente una imagen ritual del proceso mediante el cual se vuelve a la paz en un grupo o sociedad, arcaica o moderna, al volcarse las agresiones colectivas sobre uno, que desempeña casualmente este papel y sobre el que se proyectan todas las culpas: al eliminarle, de su cadáver surge la unanimidad entre los supervivientes.

Esta víctima expiatoria humana está rodeada de un halo sagrado, ya que se ha convertido en *la esencia del mal* que, al mismo tiempo, salva a la sociedad del caos de la violencia. En realidad, es algo falso, ya que la víctima no es más culpable que los demás, pero el rito es efectivo, pues se oculta su falsedad, p. ej. la imagen deformada de un Dios cruel, sanguinario y vengativo a que da pie. La deformación es disimulada al considerar que la función pacificadora de la víctima consiste en aplacar a Dios, presentando lo sagrado como un misterio tremendo y fascinante, en el que se unen el terror y la atracción.

Si para las sociedades arcaicas vale lo que vale también para las supercivilizadas, no será diferente para las intermedias: Girard llega a la conclusión de que ningún sistema

social puede eliminar la violencia, sino sólo refrenarla, utilizándola, a su vez, en el mecanismo de la víctima expiatoria. Parece que la inclinación a la violencia está íntimamente ligada al ser humano, ya que está siempre tan unida a su destino; Girard opina que el hombre se realiza mediante la mimesis, la imitación. La satisfacción de sus necesidades no le presenta grandes dificultades: para el hambre, con los alimentos; para la necesidad de movimientos, con el baile y los deportes; para la sexualidad, con la pareja. Pero esto no basta. Quiere realizarse más. Se dirige a otro hombre. Imita lo que otro pretende. Pero cuando dos pretenden lo mismo, surge la rivalidad y de ésta el conflicto, que provoca la violencia; una vez encendida la pasión, la violencia puede ser ciega y volcarse hacia cualquier objeto, pudiendo llegarse en este proceso a olvidar al rival original, al que se ama por haber hecho posible el desarrollo de la personalidad.

En el título de este artículo se menciona el "desenmascaramiento" de la violencia en Israel. Pues opino que lo típico del Antiguo Testamento es que desenmascara la violencia. Antes de Jesús no fue realmente superada, pero al menos fue denunciada. Tampoco permaneció ignorada en las tragedias griegas o en Sócrates, pero en ningún otro lugar se denuncia de forma tan clara y continua ni con tan graves consecuencias.

PARTICIPACIÓN EN EL MUNDO DE LA VIOLENCIA

En relación con la violencia el A. T. toma, dentro de la Sagrada Escritura, una función propia. Es el representante de toda la humanidad. Como la violencia del hombre presenta siempre un problema clave, nos enfrentamos también con él en Israel. Sobre este tema encontrarán poco los que trabajan con la literatura exegética del A. T., pero al repasar personalmente la Biblia surge la sospecha de que también los eruditos bíblicos son víctima de una tendencia a difuminar y eliminar todo lo que se relaciona con la violencia; es parte del mecanismo de la víctima expiatoria y ¿por qué no habían de caer en él exegetas al igual que el resto de la sociedad? El A. T. es como un espejo en el que se reflejan los actos violentos de toda la humanidad en todos los tiempos; se habla constantemente de violencia: en 600 casos, aproximadamente, se explica cómo un pueblo, un rey o una persona caen sobre hombres y los aniquilan. Muchos de los hechos de esta índole que se narran son increíbles en sus dimensiones, como en Josué, que conquistó la tierra de Canaán: "No quedó nada; todo lo que tenía vida fue destruido por él" (Jos 10,40). Ningún otro tema, como trabajo, amor, sexo, familia o cultura surge tan a menudo, ni se describe en forma tan drástica.

En el *código sacerdotal*, por ejemplo se estudia con todo detalle el pecado. En un solo lugar, al presentar el diluvio, se habla del pecado de todos los hombres, que en el fondo, es uno sólo: "La tierra quedó maldita a los ojos de Dios, porque estaba saturada de violencia" (Gn 6,11).

Algo parecido se encuentra en los *Profetas*: por ejemplo, tomemos Oseas 4. Comienza con una protesta: "El señor pone pleito a los habitantes del país: no existen en él fidelidad ni amor ni conocimiento de Dios"; a continuación se mencionan los pecados más graves: "lo que domina es el juramento y la mentira; el asesinato, el robo y el adulterio". En esta relación, el asesinato se considera sólo un pecado entre otros, pero al resumir se dice sencillamente: "Un hecho sangriento sigue a otro" (Os 4,1f). De forma semejante finaliza el profeta Miqueas su queja contra el pueblo (cfr. Mi 7,2). De esta forma, se determina el pecado de Israel como la violencia, y las decadencias y

hundimientos que oscurecen la Historia aparecen como consecuencia de la violencia desatada. La llamada Historia Deuteronomica narra la historia completa de Israel desde Moisés hasta la caída de Jerusalén y la deportación del pueblo a Babilonia: pues bien, ni siquiera un rey tan piadoso y justo como Josías pudo cambiar el curso de la Historia, ya que fue precedido por Manasés, del cual el historiador: "Hizo correr a raudales la sangre inocente, hasta que Jerusalén quedó inundada de uno al otro extremo" (2R 21,16).

Imagen de Dios

Veamos, por último, la violencia de la imagen de Dios en el A. T.: parece casi como si Israel hubiese percibido a su Dios principalmente en los actos sangrientos y violentos; no es un Dios equilibrado, sino susceptible de enojarse y de arrepentirse; su nariz se enrojece y echa humo por efecto de la ira y hay textos en los que se habla de una venganza sangrienta de Dios. Unas mil veces habla el A. T. de que la ira de Yahvé se ha despertado, amenaza con violencia y reclama venganza; junto a estos textos existen muchos otros en los que castiga mediante la violencia de hombres o pueblos; en unos cien casos ordena el aniquilamiento de seres humanos; en unos setenta casos el hecho malvado atrae su *Némesis* y está claro que es Dios quien pone en movimiento esta relación entre el hecho y sus consecuencias. Dios no sólo está incluido profundamente en el tejido de la violencia, sino que también su culto es sangriento. En el culto legítimo de Israel se trata sólo de sacrificios de animales y la narración del sacrificio de Isaac, que fue impedido, aunque debió proporcionar la legitimación del hecho de que en Israel no se realizaran más sacrificios humanos, sin embargo no pudo impedirlos: hasta bien entrado el período monárquico se llevaron a cabo los crueles sacrificios de Moloch, en los que se quemaban niños, considerando seguramente que sólo así podía asegurarse la paz.

Existen diversos matices en el A. T.; unas cosas se mencionan como eran en realidad, sin disimulos; otras, como los sacrificios humanos, se condenan, a pesar de lo cual siguieron existiendo; otras se narran como cosas naturales, sin considerarlas en su negatividad, como son los actos violentos y la sed de venganza de Dios. Pero no vamos a tratar ahora sobre estas diferencias, sino que únicamente estudiaremos el hecho que Israel toma parte en la lucha contra la violencia, que se extiende desde las formas más antiguas de sociedad hasta nuestros días. También en Israel la violencia sólo puede mantenerse dentro de unos límites mediante un ritual poderoso y la canalización del derecho; la experiencia divina continúa oscurecida por proyecciones confusas y se convierte en experiencia de la ira de Dios.

No hay nada tan contagioso ni que excite tanto a la imitación como la violencia; al hombre le resulta casi imposible no responder con la violencia, con lo que puede llegarse a su desarrollo epidémico, con todas sus proyecciones de odio y terror. La esperanza de recuperar la paz se encuentra, entonces, únicamente, en lo que Girard llama mecanismo de la víctima expiatoria, que es, sin embargo, una solución engañosa, pero que es única conocida históricamente para el dominio social de la violencia. ¿Iba a ser, por tanto, distinto en *Israel*?

Israel se encuentra entre la sociedad arcaica, que apacigua ritualmente la violencia humana mediante los sacrificios, la sociedad moderna, que utiliza múltiples medios sutiles para encauzarla, pero que emplea también la violencia contra la violencia,

canalizándola y legalizándola. En Israel existen el rito y el sacrificio, incluso humano, pero también existe el Estado, siendo sustituida la venganza de sangre por la justicia establecida. Israel participa, por tanto, del mundo de la violencia. Y es a través del A. T. cómo nuestro mundo, lleno de violencia, se pone en contacto con la revelación, que no ignora nuestra terrible realidad. ¿Cómo se manifiesta la Revelación y qué es lo que es en Israel diferente de las demás naciones?

DESCUBRIMIENTO DE LA VIOLENCIA

La característica principal de la sociedad regida por la violencia es el encubrimiento de ésta. Sólo así obtiene una paz relativa. El mérito del A. T. es que pone al descubierto el mecanismo de la violencia, ya que ni los mitos ni la literatura del mundo antiguo lo descubren en esta medida. Esto vale también, en gran parte, para nosotros ahora. Pues quién se informa por propia iniciativa de las muertes y torturas que se practican hoy en el mundo? Existe una tendencia por parte de todos los cristianos a rechazar el A. T. y creo que se debe a los hechos violentos que en él se relatan; se llega hasta el extremo de acortar muchos textos en las reformas litúrgicas, como sucede, p. ej. con los *Salmos de maldición*. Es difícil juzgar individualmente esta repulsa, pero en conjunto me atrevería a decir que también los cristianos de hoy en día utilizamos las técnicas de encubrimiento de nuestra sociedad violenta, como si no pudiéramos soportar la revelación de esta realidad en la forma en que lo hace el A. T.; no estamos situados en un mundo mejor que el del antiguo Israel, sino que únicamente vemos menos que ellos nuestra propia interdependencia y no deseamos tampoco verla: si nuestra violencia se pusiera al descubierto en la forma en que lo hace el A. T. sería para nosotros una revelación.

Conexión entre sacrificio y violencia

Cuando el *código sacerdotal* o la *obra histórica deuteronomista* señalan como único defecto de la Humanidad la violencia que atrae las grandes catástrofes, se establece ya un conocimiento exacto de las proporciones reales de las cosas. Este conocimiento llega aún más lejos en los Profetas, quienes empiezan a criticar y a rechazar los sacrificios sangrientos y cuyos textos, de suyo muy claros, resultan difíciles para muchos intérpretes y lectores bíblicos. Ya Amós critica los sacrificios y plantea una clara alternativa: volver al derecho y a la justicia. Resulta decisivo que los Profetas no hayan predicado nunca que había que hacer más sacrificios y con mayor fidelidad ritual para que crecieran el derecho y la justicia, sino que piden derecho y justicia en lugar del sacrificio (Cfr. Am 5,22-24; Os 6,6). El fundamento se encuentra en un texto que está situado programáticamente al comienzo del libro de Isaías: es la conexión interna entre el ritual sacrificial y la violencia no superada de la sociedad. Isaías habla de las manos ensangrentadas del sacerdote después del sacrificio, comparándolas con las de un asesino: "Estoy harto del cordero abrasado como víctima, de la grasa de vuestros becerros; me repugna la sangre de los toros, corderos y cabritos; cuando separáis vuestras manos para orar, aparto mi vista de ellas; por mucho que recéis no os escucho porque vuestras manos están llenas de sangre" (Is 1,11-15).

En otro lugar del A. T. se advierte claramente la *conexión entre el sacrificio y la superación de la violencia*: en el asesinato de Abel por Caín. Ambos llevaron su ofrenda a Yahvé: Caín frutos de sus campos y Abel animales de su manada; se dice

simplemente que Yahvé miró a Abel y a su sacrificio y no miró a Caín y al suyo. Los exegetas discuten el motivo de esta diferencia entre los hermanos y la forma en que ellos pudieron notarlo, ya que la Biblia no lo aclara; si se toma el texto al pie de la letra resulta que Dios aceptó el sacrificio en el que corría la sangre, pero no aquél en el que se ofrecieron frutos. La ineficacia de la ofrenda no sangrienta de Caín podría haberse manifestado simplemente por el hecho de que su agresividad no disminuyó, sino todo lo contrario: "Se sintió invadido por el odio y se abatió su rostro" (Gn 4,5); por tanto, en Caín no ha funcionado el sacrificio, porque no ha logrado evitar la violencia y así se pone de relieve la relación entre sacrificio sangriento y la superación de la violencia.

Esta narración forma una unidad con la del pecado original, demostrando que el Yahvista, su autor, ha comprendido cómo se origina la violencia: la mimesis, la rivalidad y el conflicto entre los rivales. Ambas historias están íntimamente ligadas, según se desprendería del análisis individual completo, aunque sus figuras varían, como ocurre a menudo en cuentos, mitos y narraciones similares: se trata únicamente del *papel* que representan las figuras; tanto la desobediencia del mandato divino como el primer asesinato de la Humanidad son sólo dos aspectos distintos del pecado original. Por ello, resulta claro que los primeros padres, aunque son amenazados de muerte (propriadamente se refiere a una muerte prematura y violenta) sólo son arrojados del Paraíso, mientras que la muerte violenta se presenta por primera vez en la generación siguiente, pues narrativamente los protagonistas no han de ser hombre y mujer, sino hermanos. Tomemos en primer lugar la historia del pecado. En ella tenemos la rivalidad entre dos hermanos que se esfuerzan por igual en agradar a Dios; pero la rivalidad engendra la tendencia a la violencia, de la cual uno de los hermanos no se deja apartar ni ritual ni moralmente y el hecho sangriento se lleva a cabo (ello corresponde exactamente con el análisis de la violencia de Girard). Tras la rivalidad humana se esconde otra más profunda: la rivalidad entre el hombre y Dios, de la cual se habla en la historia precedente de los primeros padres, en la que la serpiente habla así a la mujer: "Tan pronto como comáis de esos frutos, se abrirán vuestros ojos, seréis como Dios y poseeréis la ciencia del bien y del mal", es decir, tendréis conocimiento completo (Gn 3,5). Este texto sitúa también a la mujer en el papel de imitación, la hace desear ser como Dios y despierta en ella el deseo de conocer todas las cosas, haciéndola así rival de Dios. Con ello se realiza una rotura en la Naturaleza: el hombre se da cuenta de su desnudez y se convierte en asesino en la figura de su hijo Caín.

Desenmascaramiento de la raíz de la violencia

El tema de la mimesis y de la rivalidad, y la violencia que resulta de ella, sale constantemente en el A. T., y toma su forma narrativa más conmovedora en las narraciones de la relación entre Saúl y David, el viejo y el futuro rey, que son rivales, complicándose esta relación con Jonatán, hijo de Saúl y amigo íntimo de David; la mimesis y la rivalidad se revelan como la raíz de la violencia, haciendo referencia también al mecanismo de la víctima expiatoria mediante la concentración y el traspaso de la violencia sobre uno sólo, con lo cual resurge la unanimidad entre los supervivientes. El A. T. desenmascara este mecanismo describiéndolo desde el punto de vista del sacrificio: la genuina víctima propiciatoria se apropia de las proyecciones que se le arrojan y, precisamente por ello, permanece oculta la verdad sobre la colectividad de los violentos. En el A. T. sucede que el perseguido por los violentos no acepta su suerte: en el momento de la violencia, lo ve todo bajo un nuevo aspecto; ve la realidad,

es decir que él no es lo que la colectividad pretende; cuando se dirige a su Dios pidiendo ayuda, reconoce de repente al Dios verdadero, sin las proyecciones que se le aplican siempre. Esto resulta comprensible sobre todo en los cantos del Salterio, que la investigación señala como cantos de lamentación: normalmente, el que clama está rodeado de enemigos que quieren atentar contra su vida, se sabe inocente y sabe también que sus enemigos mienten; acude a su Dios, Yahvé, en busca de ayuda y, al final, da gracias a Dios. En tales casos, lo que figura al final de cada salmo se cita frecuentemente en el Nuevo Testamento: la piedra rechazada por los constructores se convierte en piedra angular (Sal 118,22) ; en ella se pone de relieve la red de mentiras de la sociedad violenta y puede representar, en algunos casos, a todo el pueblo de Israel, contra el cual se amotina la colectividad de los pueblos. También existen figuras típicas que se presentan siempre en Israel como perseguidas injustamente: los Profetas. Poco a poco se fue desarrollando una tradición que trataba siempre de la suerte violenta de los profetas. En el fondo está la experiencia de que en Israel, donde el mecanismo de la violencia se ha revelado sin que por ello haya dejado de existir, las víctimas expiatorias ya no son casuales, sino que son precisamente aquellas personas que por su especial conocimiento del Dios verdadero y sus intenciones rectas y pacíficas concentran sobre sí la agresividad de los violentos. Así se denuncia en Israel la violencia. En medio de estructuras sociales antiguas brillan ya *los principios de la nueva sociedad*: el derecho, la justicia, la misericordia y el amor.

PROMESA DE VENCER LA VIOLENCIA

Israel añoraba aquello que sólo poseía en la Palabra. Por su experiencia de la liberación de Egipto, sabía que si el marginado, rodeado de enemigos, no aceptaba las mentiras que se le achacaban, sino que clamaba pidiendo ayuda a su Dios, que entonces éste le escuchaba, revelándose así el Dios verdadero que le conducía a la tierra de promisión. Pero todos los caminos, seguidos hasta entonces, habían resultado provisionales, por lo que se extendía cada vez más la esperanza de una liberación definitiva de Israel, que esperaba el Reino de Dios, en el que la violencia no sería necesaria. Algunos elementos dignos de mención en esta *esperanza mesiánica* son: a) la violencia dispersa a los hombres; al final de los tiempos Yahvé reunirá al pueblo disperso por el mundo y b) Jerusalén será el centro de un mundo pacífico (cfr Mi 4,2f; Is 2,1-5). Este mundo de hermandad no puede existir partiendo de las instituciones: allí donde jeremías promete la nueva alianza, serán dudosas hasta las instituciones que transmiten los mandamientos de la ley de Dios: "Pongo mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Ya no tendrán que adoctrinar más el uno a su prójimo y el otro a su hermano, diciendo: ¡Conoced a Yahvé!, pues todos ellos me conocerán del más chico al más grande" (Jr 31,33 s).

Esta vida, que surge de la fuerza del corazón, es sólo posible porque Dios, al final de los tiempos, renovará los corazones. El profeta Ezequiel formula: "Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestro pecho el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros" (Ez 36,26). Al escuchar éstas y otras palabras proféticas parecidas, podría suponerse la irrupción de un milagro en nuestro mundo actual, tan deficiente. Si duda la espera del Mesías se concebía como la esperanza de un derrumbamiento total del viejo mundo y la creación de uno que viniese del cielo. Pero no era éste su significado: a pesar de los cuadros

luminosos, se consideraba como un suceso dentro de nuestra sociedad y en nuestro mundo, lo que se aprecia por la forma en que está descrita su llegada.

Las respuestas del AT

Las posturas del A. T. sobre esta cuestión son aún ambivalentes, aunque se espera que ocurra en este mundo. Se encuentra la postura primitiva del mundo violento, para el que es imprescindible un último hecho violento para librarse de la violencia: al final de los tiempos, serán destruidos los pueblos y aniquilado todo lo malo, permaneciendo sólo los buenos, los justos. Al lado de esta visión, se encuentra otra, que se ha desarrollado por la experiencia que nos viene sobre todo de los cantos de lamentación: aquí se llega también a una última protuberancia de la violencia, para que triunfe después el mundo no violento, pero el cambio no ocurre mediante la aniquilación de los demás, sino por mediación del marginado, de la víctima expiatoria, que es el único que, a través de la mentira de la sociedad violenta, reconoce al Dios verdadero y sabe cómo podría vivirse de otra forma. Esta escatología nos lo presenta un profeta cuyo nombre desconocemos y cuya obra constituye en la Biblia actual la segunda parte del libro de Isaías, por lo que se le llama Deuteroisaiás; escribió en el exilio de Babilonia y su obra es un especie de oratorio de la liberación, que gira en torno a dos denominaciones de Israel: en la primera, Israel es la mujer abandonada, Sión, que vuelve a Dios, su prometido; en la segunda, Israel es el *siervo de Yahvé*. Según el Deuteroisaiás, Israel es el "siervo de Dios", contra el cual se han amotinado los pueblos todos, golpeándole, azotándole y, finalmente, matándole, pero que vive de su Dios como los que se lamentan en *los cantos de protesta*; acepta la violencia, que no puede eliminar, y Dios le acepta a él. En Is 53 se encuentra repentinamente el reconocimiento de reyes y pueblos, que comprenden lo que Dios ha hecho con los que ellos habían marginado: "Nosotros le tuvimos por agotado, herido de Dios y humillado. El ha sido herido por nuestras rebeldías, molido por nuestros pecados... Estábamos perdidos como ovejas, cada uno seguía su propio camino y Yahvé permitió que arrojáramos nuestros pecados sobre él" (Is 53,4-6). "Aunque no había hecho nada malo" -reconocen también- "se puso su sepultura entre los malvados"; pero entonces se obró el milagro: "Mas plugo a Yahvé quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, vivirá largo tiempo y verá su descendencia; y lo que plazca a Yahvé se cumplirá por su mano" (Is 53,10). El conocimiento del destino del siervo de Dios, que se ha realizado, da ahora fuerza a los pueblos, que le reconocen, para seguir el nuevo camino y unirse a los marginados, aceptados por Dios.

Vemos, pues, que en el exilio, desde la experiencia de los cantos de lamentación y del destino del pueblo de Israel, aniquilado, se muestra cómo puede romperse, a partir de su centro, el mundo que obtiene la paz por medio de la violencia. Su centro era el destino de la víctima expiatoria rechazada. Todo el sistema puede ser transformado desde una víctima que no es tal, ya que lo sabe todo y lo soporta todo desde el Dios verdadero; en él y en su destino puede verse que la paz puede proceder del corazón y que la violencia es estéril.

La respuesta del NT

Esta es la última visión del A. T., no en el tiempo, pero sí objetivamente. Lo que ella vio, se hizo realidad en Jesús de Nazaret, que proclamó la no-violencia y la mantuvo

hasta su muerte, al concentrar sobre sí la violencia: con ello manifestó al Dios verdadero e hizo posible que en su seguimiento (no imitación), surgiera una comunidad que obtenga una paz intramundana, renunciando a la violencia. Sólo en las comunidades cristianas, que viven de acuerdo con el Sermón de la Montaña, está la esperanza para nuestro mundo; la otra alternativa es, cada vez más, una explosión final de violencia que lo aniquile todo.

Tradujo y condensó: MARÍA AMPARO BRAVO